

Independencia e internacionalismo vasco

Jesús Valencia

Los vascos, sobre todo los independentistas, tenemos muy mala prensa en el Estado. Los españoles, sean de derecha o de izquierda, acostumbran a colgar-nos el mismo sambenito: que somos endogámicos. Según ellos, vivimos de espaldas al mundo y éste vive de espaldas a nosotros; obsesionados con nuestra independencia, al decir de tanto lenguaraz, nos preocupan muy poco los procesos emancipatorios que viven otros pueblos.

“La ternura de los pueblos”, libro que publiqué este año, aporta numerosos datos que desmontan ambas falacias. Si algún sarpullido caracteriza al pueblo vasco es, precisamente, el contrario: su afición a participar en revueltas ajenas y a construir otras patrias mientras reclama obstinadamente la suya. Lo complicado del asunto es que la independencia de esas nuevas patrias ha supuesto recorte y merma de lo que fuera el imperio español; eso explica el enfado de la vecindad. Ya en el siglo XVII se escribió una obra por demás ilustrativa que da fe de esta epidemia: “Vascongados de diversos apellidos había siempre entre los que más empañaron el brillo del nombre de España en América”.

La obra que he publicado, habiendo de acotarse en el tiempo, se extiende desde los años en que emerge el movimiento nacionalista vasco hasta la fecha de hoy. A lo largo del siglo XIX -aunque sus nombres no constan en este ensayo- fueron muchos los vascos que tomaron las armas para defender la libertad de otros pueblos. En este apartado bien merece una cita Xabier Mina, el mozo de Otano que se entretuvo ahuyentando invasores. Si primero amargó la vida a los franceses que campaban a sus anchas por nuestra tierras, hizo luego lo propio con los españoles que ocupaban las mexicanas. Aycinena era rama de tronco baztanés y en 1821



Jesús Valencia

firmó el acta de independencia de Guatemala. Nestor Aranguren o Domingo Goicurúa hubieran podido contarnos mil peripecias de sus luchas al lado de los mambises cubanos. Mariano Arosameña propugnaba desde las páginas del periódico La Miscelánea del Istmo la independencia panameña. Martín de Alzaga había nacido en el recóndito valle de Aramaio un 11 de noviembre de 1755. Cuando llegó a Argentina con 11 años nadie le hubiera dicho el importante papel que iba a desempeñar en la historia de aquel país. En 1810, siendo alcalde de Buenos Aires, expulsó a los ingleses. El cabildo de la ciudad que él convocó sería el precursor de la independencia argentina y, en aquella magna asamblea de 209 participantes, 57 eran vascos.

A finales del s. XIX la sociedad vasca conoce la emergencia del movimiento nacionalista que reclama su independencia respecto del Estado español. Aquel acontecimiento coincide con la emancipación de las últimas colonias; el hecho, tragedia colectiva en el Estado español, no pasa desapercibido en Euskal Herria. Lo ocurrido en Cuba y en Filipinas ratifica a los nacionalistas vascos en sus aspiraciones soberanistas: “si ellos han sido capaces de independizarse ¿por que no lo vamos a conseguir nosotros?” Las celebraciones vascas de las independencias ajenas chocan con la pesadumbre española. Conflicto de intereses con la metrópoli y coincidencia de sensibilidades con otros movimientos emancipatorios. La represión se cebó en el incipiente movimiento nacionalista pero todo aquello confirmaba algo evidente: el independentismo vasco había nacido con perfiles internacionalistas. Sus reivindicaciones patrióticas no sólo no impedían sino que estimulaba su adhesión a otros procesos emancipatorios.

“Euskaldunok, batez ere independentistok, prentsa oso txarra daukagu estatuan, espainolek eskuin zein ezkertiar, ohitura daukate betiko leloak guri leporatzean, beraien iritziz munduari bizkar emanda bizi gara, eta mundua guri bizkar emanda.”



El devenir del nacionalismo recién nacido fue tortuoso. Pronto se constató la existencia en su seno de dos sensibilidades distintas y enfrentadas. La una – comunionista y contemporizadora- pronto aparcó el fervor independentista de sus fundadores. Su pretensión era encontrar espacios de confluencia y colaboración con el Estado español. Sobra decir que la burguesía vasca tenía mucho que ver con aquellos arreglos que salvaguardaban sus intereses de clase. La otra sensibilidad se mantuvo fiel al independentismo originario. Aquella diferencia fundamental marcó también los diferentes posicionamientos respecto a la lucha emancipatoria de otros pueblos. Los pactistas apoyaron al Imperio inglés cuando los independentistas hindúes e irlandeses se enfrentaban a la metrópoli. La

corriente independentista del nacionalismo vasco apoyó de forma incondicional las luchas de liberación que se desarrollaban en India, en Irlanda, en Marruecos..... Esta postura los alejó de los integracionistas que ocupaban los aparatos del movimiento pero los vinculó con los soberanistas de otros pueblos. Entendieron la legitimidad de sus luchas emancipatorias, defendieron el derecho de los colonizados a independizarse, denunciaron la represión de las metrópolis como injusta y criminal. La coherencia de los internacionalistas vascos los puso en el punto de mira del Estado español. Su rechazo a la guerra colonial del Rif provocó, una vez más, la confluencia de la derecha y la izquierda españolas en su agresividad contra los vascos anticolonialistas. Excepto la honrosa excepción de los comunistas y anarquistas, tanto la derecha como el socialismo español fueron implacables con quienes denunciaban aquella guerra empresarial.

A finales de los años 50 surge en Euskal Herria un nacionalismo de izquierda que va impregnándose de la sensibilidad anticolonial del momento. Pronto queda en evidencia su distanciamiento con el aletargado nacionalismo existente. El Gobierno Vasco en el exilio dependía de las potencias occidentales vencedoras en la Segunda Guerra Mundial y se había convertido en su colaborador incondicional. La nueva corriente nacionalista denunciaba este alineamiento y miraba con evidente simpatía los movimientos anticolonialistas que se estaban produciendo a lo largo del mundo. El año 1964 ETA se declara abiertamente antiimperialista. Aquel hecho marca una fractura casi insalvable entre ambas corrientes del nacionalismo vasco. Aquel desencuentro se repetirá continuamente cuando la historia reclame posicionamientos concretos en el campo internacional.

La nueva corriente nacionalista de izquierda va asentando y expandiendo su base social. Reafirma su vocación independentista y, al mismo tiempo,





ahonda en su conciencia y compromisos antiimperialistas. Los dos rasgos los vive como complementarios y esenciales. En 1965 Estados Unidos decide implicarse militarmente en Vietnam; el nacionalismo revolucionario vasco se incorpora al amplio movimiento social contra la guerra. Se identifica con los movimientos anticolonialistas que van accediendo a la independencia y celebra sus victorias. En la década de los 70 la izquierda vasca constituía un complejo entramado de organizaciones políticas y sociales; había importantes diferencias y contradicciones entre ellas pero todas se proclaman antiimperialistas e internacionalistas. Viven con dolor los cruentos golpes militares del Cono Sur y ofrecen una calurosa acogida a los refugiados que, huyendo de aquel infierno, recalán en Euskal Herria. En la década de los 80 la izquierda vasca apoya y legitima la lucha revolucionaria de los pueblos centroamericanos; son muchas las personas que se desplazan a aquellos países tratando de apoyar los procesos revolucionarios que se desarrollan en ellos. Cuando se plantea en el Estado español la incorporación a la OTAN, la izquierda vasca promueve un amplio movimiento de rechazo bajo este lema "Euskal Herria bai; OTAN, ez". A pesar del mensaje proalianzista del PNV, la OTAN es rechazada entre nosotros. Hoy en día, los sectores independentistas de izquierda siguen con gran interés y apoyan en la medida de sus posibilidades la lucha de otros pueblos: El Sahara, Palestina, Kurdistan, Pueblos Originarios de América...

La permanente sensibilidad internacionalista del independentismo vasco ha contribuido a estrechar los vínculos de solidaridad recíproca con otros pueblos en lucha. Son muchos los sectores

populares de otros países que conocen nuestro proyecto nacional y lo apoyan de mil maneras. Es frecuente constatar el divorcio entre los Gobiernos de esos países – receptivos a la postura belicosa de los Estados español y francés – y amplios sectores de sus respectivas ciudadanía que miran con gran simpatía nuestra causa. Este compromiso solidario de los Amigos de Euskal Herria se ha convertido en una ayuda inestimable para ir consiguiendo a nivel mundial el reconocimiento de nuestros derechos nacionales.

Esta alianza de los oprimidos resulta tan eficaz como peligrosa. El poder la contempla como un enemigo a combatir y enfoca contra ella sus herramientas represivas. El 28 de septiembre de 2010 el Estado español actuó contra la organización internacionalista Askapena. Varios de sus miembros fueron detenidos en una de esas redadas mediáticas a las que el Gobierno español nos tiene acostumbrados. Tras estar encarcelados durante seis meses, cinco de los militantes internacionalistas están encausados y a la espera de juicio acusados de "integración o colaboración en organización terrorista".

**"Euskal independentismoak
internazionalismoarenganako duen
sentiberatasun iraunkorrak, borrokan ari diren
beste herri batzuen elkarrekiko solidaritate
loturak erakartzeko balio izan du".**